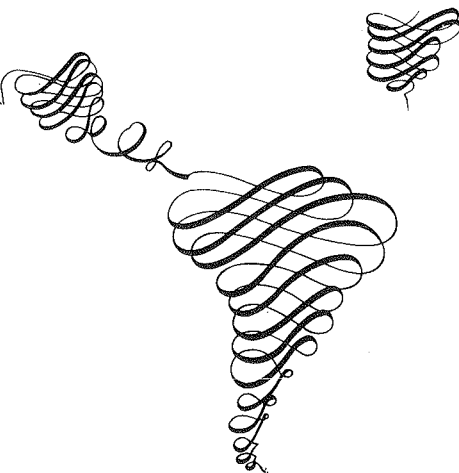




Manifiesto contra nadie: La incómoda relación entre Iglesia y sociedad civil

Julián Abad Caja *

ESTE comentario no tiene otro valor que el de reflejar mis inquietudes, reflexiones y búsqueda, las de un peatón, ciudadano y cristiano, ante la dificultad práctica de transitar por la Iglesia y por la sociedad civil sin que pierdan autonomía y significación ni mi condición de creyente ni mi condición de ciudadano. Porque sólo es eso, está redactado en primera persona, aunque seguramente muchas otras personas suscribirían este manifiesto. No pretendo sentar doctrina de nada ni deslegitimar a quienes, legitimados por su conciencia, militan en uno u otro de los extremos del dilema *presencia/mediación*. Al contrario, agradezco a quienes defienden una y otra postura el que, en sus coincidencias y en su enfrentamiento, estén contribuyendo a la clarificación de un debate necesario.

* Escritor y periodista. Madrid.

Memoria sucinta de una incomprensión

COMO miles de ciudadanos, durante muchos años he sufrido en mi carne adamita la incomprensión de la Iglesia ante «la laicidad como espacio de libertad» (la expresión entrecomillada es de *Lionel Jospin*, primer secretario del Partido Socialista francés, 1985). Como miles de creyentes, durante los mismos años, he sufrido en mi carne bautizada la incomprensión y hostilidad de la cultura laica ante toda influencia de la Iglesia.

Reconozco que el mal tiene raíces históricas muy antiguas: la agustiniana tranquilidad medieval de las dos espadas, subordinada la del emperador a la del Papa, se empezó a quebrar con *Guillermo de Ockam* (siglo XIV), que ya defendió la independencia del poder civil, y, poco después, con *Maquiavelo* que rechazó que la política deba ser puesta al servicio de fines sobrenaturales; en el siglo XVI, el libre examen de la Biblia, introducido por la *Reforma*, tuvo extensiones civiles y creó tempranamente en los países luteranos «un orden político no coercitivo, sino neutral en materia de creencias y convicciones religiosas y filosóficas» (Juan Pablo Ortega, en *Laicidad 2000*, Editorial Popular, 1990).

Pero es a partir de la *Ilustración* y de la Revolución Francesa cuando el ámbito civil y el eclesiástico aceleran su distanciamiento e incomprensión. La Iglesia condenó «el señuelo de la libertad» (Gregorio XVI, 1832), y el *Syllabus* (Pío IX, 1864), en un tono autoritario y desafiante, anatematizaba el racionalismo. El eco distanciador de este documento no se ha apagado todavía ni dentro de la Iglesia ni fuera de ella, donde se lo considera como «el reto supremo lanzado al mundo moderno por el pontificado». La acción política, los movimientos obreros, la ciencia y la cultura de la modernidad se han construido en su mayor parte al margen y aun en contra de la Iglesia. Hoy, a pesar del viento nuevo del Vaticano II, las estructuras laicas y el cristianismo no están, ni mucho menos, reconciliados. El cristiano que, a su vez, quiere ser ciudadano de pleno derecho de la cultura moderna sufre tensiones dolorosas: rechazos, exclusiones y, en no pocos casos, conflictos graves de conciencia.

Desde 1986 se ha dado forma nueva a este viejo pleito interno que tenemos los cristianos: ¿Cómo participar en la sociedad civil de un modo legítimo, sin arrogancia y, al mismo tiempo, sin pérdida de significación? Los cardenales italianos *Biffi* y *Martini* apelaron aquel año, en sendas

pastorales, a dos parábolas evangélicas que, desde entonces, se toman como Escritura fundante de las dos tendencias.

Cristianismo de presencia

LOS llamados *cristianos de presencia* experimentan la urgencia histórica de hacer visible en toda ocasión *la ciudad construida en la cima del monte* y de iluminar la sociedad civil en toda circunstancia con *la luz sobre el candelabro* (Mt 5) del cristianismo. En consecuencia, postulan una *presencia fuerte* de la Iglesia en todos los ámbitos: cultura, medios de comunicación, política, economía, ordenamiento jurídico, relaciones laborales y ocio. Aceptan la democracia y la autonomía de la sociedad civil, pero interpretan la *Gaudium et spes* y todo el Vaticano II en sentido restrictivo. Para ellos, la sociedad precisa el signo, y aun la tutela moral, de una Iglesia que, fundamentalmente, haga oír una sola voz, la de la jerarquía. «Toda otra forma cristiana de actuar es laicismo o criptoprottestantismo y, a la larga o a la corta, vaciará la fe cristiana y hará insignificante el cristianismo» (Antonio Duato, *Fe y secularidad*, 1987).

En la práctica, los cristianos de presencia prefieren denominarse *católicos*, dan prioridad a la apologética sobre el diálogo, añoran la cristiandad medieval, siguen considerando la Ilustración como un engendro del maligno en el redil de Cristo, ponen bajo sospecha la secularidad y, en consecuencia, promueven instituciones confesionales. Sus buques insignia son el movimiento *Comunión y Liberación*, de don Giussani y, en menor grado, el *Opus Dei*, de monseñor Escrivá. El pontificado de Juan Pablo II ha contribuido en no escasa medida a fortalecer esta tendencia con apoyos explícitos, con una política muy significativa de nombramiento de obispos y de canonizaciones y con manifiestas trabas a la opción opuesta.

Cristianismo de mediación

LOS llamados *cristianos de mediación* se sienten llamados a ser *la levadura que, metida en la masa, hace fermentar todo*, la sal, el grado de mostaza evangélicos (Lc 13). Para ellos la cultura laica constituye una interrelación a su fe, una exigencia de la propia conversión. En la cultura laica ven *semillas del Verbo* (Leonardo Boff), *huellas de la Encarnación* (Díez Alegría) y aun en las más rabiosas formas de

ateísmo militante o de anticlericalismo creen oír una voz profética que les exige renunciar a toda especie restauradora de formas históricas de presencia o poder.

En el orden práctico, abogan por un cristianismo menos monolítico, con un ámbito mayor para la discrepancia interna y con una presencia plural y descorporativizada en la sociedad civil. Critican los signos de poder del Papa y de los obispos y revisan, para pedir perdón en muchos casos, la historia del cristianismo. Rechazan las instituciones confesionales como causantes del descrédito cristiano; por el contrario postulan la acción individual, «codo con codo», al lado de cuantos en el mundo pelean por la justicia. Como decían los sacerdotes obreros de la Misión de Francia, «Jesucristo está allí aunque no haya dicho su nombre». La relación entre Iglesia y sociedad civil se convierte casi en una recíproca evangelización.

A los cristianos de mediación no les agrada que les llamen católicos y prefieren el apelativo más universal de *cristianos*. Están convencidos de que la opción de presencia es inocua y carece de fuerza para promover la justicia en el mundo. Sólo la mediación, que en el Tercer Mundo se define como «opción preferencial por los pobres», puede llevar el espíritu del Evangelio a los predicadores y a los predicados. Los postulantes de mediación tienen también sus buques insignia y hasta sus mártires: los teólogos de la liberación, el padre Llanos, monseñor Romero, Ellacuría, etcétera.

Para no atraparse en el dilema

CONOZCO muchos cristianos de una y otra línea y por eso sé que la coexistencia de presencia y mediación no es pacífica. Los primeros están convencidos de que, sin el arropamiento institucional, los individuos cristianos comprometidos en la otra *civitas* terminarán diluyendo el signo cristiano, perderán anclaje espiritual e incluso abandonarán la fe. Los segundos están convencidos de que, sin correr el riesgo de perderse por los hermanos, la redención es imposible. En el fondo, de lo que se están recíprocamente acusando es de dilapidar, mediante estrategias equivocadas, el capital cristiano y sus posibilidades de transformar la sociedad.

A mí, y creo que a muchos, me resulta imposible tanto elegir como excluir la presencia o la mediación. Depende de las situaciones y de la

forma de manifestarse presentes o mediadores. Obviamente, la prepotencia de acotar lo desconocido o de imponer el propio código de valores contra la voluntad de la sociedad me repugna, pero no por lo que tiene de presencia fuerte de la Iglesia, sino por lo que tiene de arrogancia. Del mismo modo, me repugna la trivialización y ocultación de lo específicamente cristiano, pero no por lo que tiene de mediación sino por lo que tiene de insensatez. Alejado de las sutilezas del debate teórico, no acierto a comprender más oposición entre las dos parábolas (la levadura y la ciudad sobre el monte) que la de complementarse mutuamente.

Por otra parte, es gratuito suponer que el futuro excluya una u otra forma de vivir la fe. Nada menos que *Malraux* preveía en sus últimos tiempos un regresamiento de la presencia institucional de las religiones, en una frase de la que suelen apropiarse actualmente los cristianos de presencia: «el siglo XXI será religioso o no será». La afirmación de *Malraux* constataba el fracaso de un laicismo furibundamente anticlerical que, por boca de *Viviani*, había establecido su propio dogma con estas palabras: «estamos arrancando las creencias de la conciencia humana... estamos apagando en el cielo unas luces que ya no volverán a encenderse».

Además, no existen instituciones que no actúen corporativamente como tales ni programas de acción que puedan resistir el tiempo sin institucionalizarse. El aire nuevo de las revoluciones termina siempre burocratizando sus propios programas de desinstitucionalización, extremo que comprendieron muy bien en el campo de la educación *Ivan Illich* y *Paulo Freire*.

Por tanto, lo que en conciencia y en operatividad debo cuestionar es más el estilo de evangelizar que la presencia o la mediación como formas excluyentes. Analizando los límites éticos y la eficacia posible, no me caben dudas de que, en este momento de la historia humana, son igualmente necesarias las presencias y las mediaciones. Excluir una de estas formas sería como amputar una de las dos manos que hacen operativa y significativa mi fe. Me defino, por tanto, a favor de una presencia mediadora y de una mediación presente.

Decálogo manual de presencia mediadora y de mediación presente

EN el siguiente decálogo se plasman las modulaciones que de una u otra forma rigen mi acción como cristiano y

como ciudadano. La vigencia de múltiples decálogos y la magia bíblica de los números me hacen describir diez pautas sintetizadoras de ambas tendencias, aunque evidentemente podrían explicitarse algunas más. Las formulo en términos negativos, porque tengo la impresión de que restringiendo el carácter absoluto de las máximas de presencia y de las máximas de mediación desaparecen las reservas contra ambas:

1. *Ni eclesiocentrismo ni satelización.* La sociedad civil no puede girar en torno a la Iglesia. La emancipación de lo secular a partir del siglo XVIII no sólo es legítima, sino progresiva. Los cristianos debemos estar preparados para la ampliación de la autonomía civil a parcelas cada vez más dilatadas. Cuando experimento temor ante el fundamentalismo islámico, ejemplo bien actual de presencia, no puedo por menos de experimentarlo simétricamente ante la pretensión de que la sociedad se regule por imperativos cristianos. La ambigua actitud de la Iglesia en los procesos dictadura-democracia de Haití o de Filipinas me resultan inadmisibles. Pero tampoco me resulta aceptable la satelización de los cristianos en un satélite más, como los gustos artísticos, las modas filosóficas o el consumismo. Mi cristianismo no puede modularse en el tono que imponga el diapasón de los gustos dominantes.

2. *Ni restauración ni liquidación.* Tan erróneo sería pretender resucitar esquemas fenecidos de poder temporal como liquidar por derribo el patrimonio moral y cultural acumulado por la Iglesia a través de los siglos. Cuando Juan Pablo II invita en Lyon a construir Europa sobre las comunes raíces cristianas, siento el deber de acotar el componente restauracionista de su propuesta. Y cuando los curas guerrilleros liquidan las diferencias de fondo y de método entre el cristianismo y los movimientos guerrilleros, siento el imperativo moral de distanciarme de ellos.

4. *Ni templo ni diáspora.* Los judíos de Palestina vivían en una auténtica teocracia; por el contrario, los de la diáspora vivían diluidos en sociedades que se organizaban al margen del judaísmo oficial. Un excesivo énfasis en la presencia equivaldría a reconstruir el cuarto templo, y un énfasis excesivo en la mediación equivaldría a reducir toda la Iglesia a la diáspora. Corregir la historia no puede equivaler a destruirla. Sin el templo, la diáspora terminará asfixiada por lo secular, y sin la diáspora, el templo carecerá de significación. Cuando leo el lenguaje críptico de las encíclicas o de las pastorales de muchos obispos, me siento prisionero del templo, y cuando leo los manifiestos «proféticos» de algunas comunidades

de base experimento la soledad del desarraigo de mi tradición cristiana. No puedo resignarme ni a lo uno ni a lo otro.

5. *Ni más certezas de las necesarias ni incertidumbre existencial.* El Papa y los obispos, bajo la responsabilidad de custodiar el depósito de la fe, han definido certezas y mantenido los dogmas con ejemplar fidelidad. Pero este fundamental ejercicio, sin el cual el sistema de creencias cristiano resultaría hoy irreconocible, ha generado con frecuencia una extensión del ámbito de la certeza a parcelas opinables. Muchas veces, a lo largo de la historia, la Iglesia, víctima de esta extensión de sus certezas, ha perseguido la verdad, ha condenado movimientos legítimos que posteriormente se han manifestado como un bien, una ocasión perdida. Acentuar la presencia significa acentuar también estos riesgos. Pero acentuar la mediación puede significar precisamente lo contrario: destruir las certezas imprescindibles, reducir la autoridad de la jerarquía a sólo los aspectos doctrinales y negar al Papa y a los obispos la legitimidad moral de proponer pautas y de dirigir la acción pastoral. El imperio excluyente de la mediación genera en el pueblo sencillo una incertidumbre existencial, un no saber a qué atenerse que, por la lógica social, acelera la descristianización. Estoy tan radicalmente convencido de que el Evangelio exige no confesionalizar como de que exige no descristianizar.

6. *Ni apologetismo ni avergonzamiento.* Sacudida desde Condorcet por los embates de la laicidad, convertida en blanco de todos los dardos, acusada de oscurantismo y negatividad, la Iglesia generó durante el siglo pasado un fuerte sentido apologetico de sí misma y una argumentación defensiva que enaltece sus aportaciones al bien y al progreso de la humanidad, al mismo tiempo que justificaba o transfería a terceros la responsabilidad de sus errores. En el cristianismo de presencia se hace de la apologetica una pauta corriente, un modo de situarse, a la defensiva, en la sociedad civil. El cristianismo de mediación, por el contrario, renuncia a defender la dignidad de la acción de la Iglesia, se desnuda de su grandeza histórica, experimenta una inconfesada desazón cuando las páginas son brillantes, siente un imperativo interno que le obliga a pública penitencia, disimula el sectarismo laicista y termina pidiendo perdón sólo por el propio. Yo me siento, a la vez, apologeta y penitente. Y eso como cristiano y como ciudadano. Me irrita tanto la presunción de quienes niegan al marxismo toda aportación a la construcción de una sociedad más justa como la injusticia de quienes ignoran o mitigan las notables aportaciones de las últimas encíclicas sociales.

7. *Ni historia blanca ni historia negra.* Esta pauta de presencia mediadora es en realidad un desdoblamiento de la anterior, como el décimo mandamiento es un desdoblamiento del séptimo. Pero, dada su actualidad, no es ocioso individualizarla. Los cristianos de mediación pintan una historia de la Iglesia cruel, egoísta y siempre al servicio del poder establecido. Muchos de ellos aceptan sin ningún rigor crítico las teorías de la sociología funcional, según las cuales, la Iglesia ha logrado persistir gracias a su «función legitimadora» de los excesos del poder civil, del inmovilismo social, de la persistencia de la pobreza. En cierto modo, parecen afirmar, y a veces lo hacen explícitamente, que la Iglesia histórica ha actuado persistentemente en contra del Evangelio. Confieso que debo darles la razón en episodios concretos, pero no en toda la extensión, ni siquiera en la mayor parte, de sus afirmaciones. En el campo contrario, se nos presenta una historia de la Iglesia absolutamente impoluta: los hitos humanizadores se engrandecen y ocupan la mayor parte del relato; los hechos execrables se ocultan o se justifican porque consiguieron bienes de naturaleza superior. Unos y otros difunden una historia selectiva y sectaria. Con ninguno de ellos puedo sentirme de acuerdo y con ninguno de ellos puedo discrepar del todo, ni con los que definen la empresa americana como simple genocidio de pueblos y culturas ni con los que la definen como inmaculada obra civilizadora. Una historia blanca o una historia negra terminan siendo leyendas.

8. *Ni sacralidad ni secularismo universales.* Lo sagrado es una dimensión de lo *cristiano*. Lo secular también. La Iglesia, si quiere ser mediadora de la salvación, no puede atrincherarse en las murallas de lo sagrado, pero tampoco en las trincheras de la *desacralización como postulado universal*. La mayor parte de las homilias dominicales pecan de lo uno o de lo otro. Y muchos practicantes experimentan un desasosiego profundo en su fe al no recibir propuestas integradoras. Tengo amigos que buscan con candil una parroquia donde se balanceen correctamente la dimensión sagrada (sacramentos, liturgia, oración) y la dimensión profana (sensibilidad social y compromiso).

9. *Ni simplicidad ni sutileza.* Algunos cristianos de presencia, incapacitados para una moral autónoma (tercer estadio de Kohlberg), viven en la simplista comodidad de los receptores de normas. El principio de *obediencia debida* adquiere preeminencia sobre la argumentación ética y el juicio moral. Eluden el riesgo de la adultez, son perpetuamente infantiles. Algunos cristianos de mediación, por el contrario, ejercitan un «ritornello»

interminable de cuestionamientos, matices y distinguos circunstanciales. Quieren ser «adultos en la fe», pero pierden el camino en las infinitas caras de cada problema. Yo no querría morir de simplicidad, pero tampoco de sutileza.

10. *Ni en el pedestal de la significación ni en el hoyo de la insignificancia.* Esta pauta final de mediación presente resume, de algún modo, todas las demás. Como individuo aislado puedo optar por ser insignificante, poner la otra mejilla, disciplinarme con los látigos de todas las humildades. Incluso puede que ello sea un deber demasiado descuidado. Como sociedad de los creyentes en Jesucristo, la Iglesia no tiene derecho a hacer insignificante el cristianismo. Esta búsqueda de significación no está reñida con, sino que más bien postula, el reconocimiento humilde de las equivocaciones, aunque sin amplificarlas «por la soberbia y descontextualización de la modernidad». Así lo ha hecho Juan Pablo II en Santo Domingo.

Preferencias prácticas

DICHO todo lo anterior, me reexamino interiormente y siento miedo de mi neutralidad. Podría encontrarme en una tesitura semejante a la de la burra de Buridán y, por no morir de elegir prioridades, terminar muriendo de equidistancia. Por eso quiero terminar confesando que, aun partiendo de reconocer que la disyuntiva presencia/mediación es una falacia, cada tiempo y circunstancia exigen poner énfasis en una u otra opción. Nuestro tiempo y nuestras circunstancias también lo exigen.

Cuando la cantante británica *Sandy O'Connors* rompe con desprecio la fotografía del Papa ante las cámaras de televisión, queda justificada la reivindicación de la presencia. Y lo mismo cuando *Jesús Torbado*, tras describir selectivamente todos los atropellos a los derechos humanos cometidos por eclesiásticos, concluye en un artículo periodístico que es deseable la desaparición de toda huella cristiana en la sociedad civil. En estas circunstancias me adhiero a quienes elevan la protesta y exigen reparación. Aun así, sería preferible no apelar en estos casos a los derechos de mi Iglesia sino a mis derechos de ciudadano y a la decencia intelectual.

Muchos ciudadanos de esta sociedad finisecular estamos convencidos de que el laicismo no sectario es portador de auténticos valores evan-

gélcos y lamentamos profundamente que la Iglesia institucional no se deje evangelizar por ellos y, en grandes parcelas de su actuación, cierre las puertas a la tolerancia, al pluralismo, al respeto a las personas y a la democracia interna.

Con frecuencia aplico analógicamente a mi Iglesia y a mi sociedad lo que *Goethe* decía comparando las sociedades europeas y las americanas: «América, tú lo tienes mejor, porque no tienes castillos en ruinas». La Iglesia ha tenido la desgracia de perder antes de tiempo su poder temporal. Si, en 1870, Pío IX hubiera conservado los Estados pontificios, con toda seguridad en ellos —no iban a ser una excepción— el esquema teocrático del Papado habría evolucionado hacia la democracia, los derechos de la mujer habrían sido reconocidos y los súbditos habrían adquirido la condición jurídica de ciudadanos titulares de la soberanía. Todo ello hubiera provocado una cierta ósmosis de valores laicos de la Iglesia temporal a la Iglesia del Espíritu. Pero, por desgracia, la liquidación del poder temporal fue prematura: se produjo antes de que los espíritus evolucionaran, y los simbólicos cañonazos con que el Pontífice defendió la Puerta Pia significaron un atrincheramiento en las ideas, una defensa de castillos en ruina que carecían ya de toda posibilidad de restauración, pero que configuraban un universo mental invulnerable.

A pesar de «aggiornamentos» y conversiones, subsiste con fuerza desproporcionada la idea de que la Iglesia debe tener influencia desde el no poder, gobernar sin reinar, ser en suma una especie de suprapoder cuestionador y no cuestionado. Entiendo que ese camino, por muchas nostalgias que alimente, nos aleja del Evangelio. Es obligado cuestionar estas ideas desde dentro y trabajar por su abandono definitivo. La libertad y la igualdad son *mediaciones* de la fraternidad, de la que nadie discute su preeminencia en el Evangelio. Del mismo modo que no hay derechos de los Estados, ni siquiera de los pueblos, por encima de los derechos de las personas, está también claro que ningún «derecho» de la Iglesia debe prevalecer sobre el derecho de las conciencias. En estas fundamentales cuestiones no puedo honradamente ser neutral sino inclinarme claramente a favor de la mediación, aunque ello suponga riesgo de acampar en el extramuros.